

# Lucas Lenz y el Museo del Universo

Pablo De Santis



loqueleo







[www.loqueleo.santillana.com](http://www.loqueleo.santillana.com)

© 1992, PABLO DE SANTIS

c/o GUILLERMO SCHAPELZON GRAHAM AGENCIA LITERARIA

www.schapelzongraham.com

© 1992, 1995, 2006, 2014, EDICIONES SANTILLANA S.A.

© De esta edición:

2015, EDICIONES SANTILLANA S.A.

Av. Leandro N. Alem 720 (C1001AAP)

Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina

ISBN: 978-950-46-4369-2

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Impreso en Argentina. *Printed in Argentina.*

Primera edición: octubre de 2015

Coordinación de Literatura Infantil y Juvenil: MARÍA FERNANDA MAQUIEIRA

Ilustraciones: O'KIF

Dirección de Arte: JOSÉ CRESPO Y ROSA MARÍN

Proyecto gráfico: MARISOL DEL BURGO, RUBÉN CHURRILLAS Y JULIA ORTEGA

De Santis, Pablo

Lucas Lenz y el Museo del Universo / Pablo De Santis ; ilustrado por O'Kif. - 1a ed. . - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Santillana, 2015.

88 p. : il. ; 20 x 14 cm. - (Azul)

ISBN 978-950-46-4369-2

1. Literatura Infantil y Juvenil. I. O'Kif, ilus. II. Título.

CDD 863.9282

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

ESTA PRIMERA EDICIÓN DE 5.000 EJEMPLARES SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN EL MES DE OCTUBRE DE 2015 EN ARCÁNGEL MAGGIO – DIVISIÓN LIBROS, LAFAYETTE 1695, CIUDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES, REPÚBLICA ARGENTINA.

# Lucas Lenz y el Museo del Universo

Pablo De Santis

Ilustraciones de O'Kif

loqueleg



I

Oficina de objetos perdidos





**T**odos los chicos pierden sus juguetes. No importa si son soldaditos o autos o cosas grandes y pesadas. Si jugaran con autos o trenes o elefantes de verdad, también los perderían. Y no hay nada que pueda hacerse al respecto. Ordenar las cosas no es ninguna solución; complica todo.

Yo también perdía mis juguetes cuando era chico. Pero, a diferencia de los demás, los encontraba.

No importaba el desorden del cuarto que compartía con mi hermano Federico: yo tenía *algo* que me ayudaba a encontrar las cosas. Intuición, por llamarlo así.

A mí me importaba mucho esa habilidad. Creía que era lo único bueno que tenía. Jugaba mal al fútbol y siempre me mandaban al arco. (Nunca entendí, además, por qué a los malos jugadores los eligen de arqueros: mi equipo siempre perdía veinticinco a cero.) No me salía ninguna

cuenta, ni siquiera las que se hacen con los dedos, tenía errores de ortografía como para hacer una colección y ni siquiera era uno de esos chicos a los que a las madres les gusta lucir. Porque tenía siempre la ropa manchada.

Los frascos de dulce, la tinta de la lapicera, las acuarelas, las témperas, las salsas parecían magnéticamente atraídas hacia mis camisas y pantalones.

Pero podía encontrar las cosas perdidas mejor que nadie. Si mi hermano perdía un soldadito, yo lo encontraba. O un lápiz extraviado en el aula. O si mi madre no encontraba la boleta de la electricidad.

Si a alguien se le perdía algo, me lo pedía a mí. Eso me servía muchísimo. Podía decir, por ejemplo: “Si te encuentro el cuaderno de clase que perdiste, ¿qué me vas a prestar a cambio?”. Yo estaba contentísimo con mi habilidad.

Después crecí. Algunos chicos que conocía se hicieron médicos o electricistas, o ejecutivos en compañías petroleras o taxistas, y casi todos se convirtieron en personas dedicadas a aburrirse. Muchos tienen escritorios, y un almanaque encima del escritorio, y van tachando los días que pasan. Al final de cada año rompen el almanaque en trocitos y lo tiran por la ventana, creyendo que es muy divertido hacer eso, aunque

no se diviertan en absoluto. Después se compran enseguida otro almanaque y empiezan a tachar de nuevo.

Yo me hice buscador de cosas perdidas. No gané plata, no tuve éxito, recibí muchos golpes, tuve miedo más de una vez, pero, al menos desde que empecé a trabajar en serio, nunca me aburrí.

Es inútil que busquen en una enciclopedia qué tipo de profesión es la que llevan los buscadores de cosas perdidas. Yo fui el primero en dedicarme a eso y no aparezco en las enciclopedias porque no soy ni famoso ni antiguo. (Famoso me gustaría ser; antiguo no, porque, si hubiera nacido hace varios siglos, ahora estaría muerto).

Un buscador de cosas perdidas es algo parecido a los detectives privados de las películas, pero dedicado solamente a buscar cosas perdidas. Es decir, ni personas ni dinero. Cualquier cosa que esté perdida por ahí.

Me compré un escritorio usado que parecía comido por las termitas y puse en la puerta de mi oficina un cartel con mi nombre: LUCAS LENZ, y abajo: BUSCADOR DE COSAS PERDIDAS.

Había alquilado una oficina barata en una calle muy cercana a los tribunales. En todos los edificios de esa calle había escribanos y abogados.

Al lado de mi oficina, en cambio, había un agente teatral dedicado a contratar artistas de varieté. En la puerta de la oficina decía RICHARD STAR, pero no creo que fuese su nombre verdadero. No era muy importante, me parece, porque siempre recibía bailarinas de quinta clase o payasos que repetían chistes que ya sabía Colón, o cantantes de ópera afónicas.

Más de una vez se equivocaban de oficina. Al principio, al oír que golpeaban a mi puerta me ponía contento, porque pensaba que por fin venía alguien para contratarme, pero bastaba mirarles el aspecto para darse cuenta de que había algo raro.

Por ejemplo, una vez se abrió la puerta y aparecieron dos hombres. Uno estaba vestido de cigüeña; el otro, de bebé, con un enorme chupete en la boca. El primero agitaba sus plumas como si volara, mientras que el otro lloraba a los gritos. Tardé en darme cuenta de que los cacareos de uno y el llanto del otro eran en realidad una canción. Mientras cantaban yo intentaba explicarles que no era el famoso representante de artistas Richard Star, sino el humilde buscador de cosas perdidas Lucas Lenz. Pero cuando me dejaron hablar ya habían hecho todo su número.

—¿Le gusta? No hace falta que diga nada, lo leo en su cara: le encantó —dijo la cigüeña—.

El número se llama “Lo que trajo la cigüeña al mundo”.

—Lo único que necesitamos es una escenografía con una torre Eiffel, porque las cigüeñas vienen de París —dijo el bebé.

—Si quiere contratamos ya, estamos a su disposición. Por el momento no cobramos muy caro, pero el día de mañana...

—Será otra cosa, sí, señor —terminó el bebé, mientras encendía una pipa.

—La oficina de Richard Star es la que está aquí al lado —les dije.

—Te lo dije, idiota —protestó el bebé—. ¡Ahora vamos a tener que hacer el número de nuevo!

—¿Y qué te creés, que soy una cigüeña de verdad, para encontrar siempre el lugar correcto? —se defendió el otro.

Desde mi escritorio escuché cómo hacían su espectáculo en la oficina de al lado. El agente y representante de actores Richard Star los escuchó en silencio y al terminar los echó a patadas.

(Meses después aparecieron en televisión con su número en uno de esos programas que no terminan más. El público los aplaudió. La cigüeña y el bebé terminaron por triunfar y ganaron muchos

dólares. Una vez lo encontré a Richard Star llorando sobre la página de un diario; levanté la página mojada por las lágrimas y vi que era la noticia de que el plumífero y el bebé habían sido contratados en los Estados Unidos por cien mil dólares).

Bueno, así eran mis días. Aparecía gente que me encargaba que buscara a su gato blanco con manchas grises, o una carta de amor, o una caja conteniendo documentos importantes, perdida en una casa enorme y desordenada. Si el objeto buscado existía, yo generalmente lo encontraba. Y hasta encontraba cosas que nadie había perdido.

Los detectives de las películas se mueven en bares, clubes nocturnos, hipódromos vacíos, callejones sin salida, noches de pólvora y cuchillos. Yo actuaba en altillos, sótanos, desvanes, casas abandonadas. Si hubiera buscado fantasmas, habría elegido esos mismos lugares.

No tuve un solo caso importante hasta que una tarde apareció el señor Raval.

II

El Museo del Universe



